

Este texto está escrito en un español moderno pero también está editado en un español dialectal rural rioplatense (posiblemente argentino o uruguayo), con fuerte influencia del habla campesina y gauchesca de finales del siglo XIX o principios del XX. Es una representación literaria del modo de hablar de los paisanos, gauchos o gente de campo de la región del Río de la Plata. <https://ideaswaldorf.com/pobreza-y-miseria-d/>

POBREZA Y MISERIA

5º- 6º

Esto ocurrió en tiempos de Nuestro Señor Jesucristo y sus Apóstoles.

Nuestro Señor, que según dicen fue el creador de la bondad, sabía andar de pueblo en pueblo y de rancho en rancho por nuestra tierra enseñando el Evangelio y curando con palabras. En estos viajes, llevaba como asistente a San Pedro, al que quería mucho por creyente y servicial.

Cuentan que en uno de esos viajes, que por demás veces eran duros como los del resero, como iban por llegar a un pueblo, a la mula en que iba Nuestro Señor se le perdió una herradura y empezó a cojear.

— Fíjate — le dijo Nuestro Señor a San Pedro — si no ves una herrería, que ya estamos entrando al pueblo.



San Pedro, que iba mirando con atención, divisó un rancho viejo de paredes rajadas, que tenía encima de la puerta un letrero que decía: "ERRERÍA". Al momento se lo contó al Maestro y pararon delante del corral.

— ¡Ave María! — gritaron. Y junto con un perrito ladrador, que tenía por nombre Pobreza, salió un anciano harapiento que los invitó a pasar.

— Buenas tardes — dijo Nuestro Señor — ¿Podrías herrar mi mula que ha perdido la herradura de una pata?

— Apéense y pasen adelante — contestó el viejo — voy a ver si puedo servirlos.

Cuando, ya en la pieza, se acomodaron sobre unas sillas de patas quebradas y torcidas, Nuestro Señor le preguntó al herrero:

— ¿Y cuál es tu nombre?

— Me llaman Miseria — respondió el viejo, y se fue a buscar lo necesario para servir a los

forasteros.

Con mucha paciencia anduvo este servidor de Dios, oliendo en sus cajones y sus bolsas, sin hallar nada. Acobardado, iba a volverse a pedir disculpa a los que estaban esperando, cuando al revolver con la bota un montón de basuras y desperdicios, vio una argolla de plata muy grande.

— ¿Qué haces aquí tú? — le dijo, y recogiénola se fue para donde estaba la fragua, prendió el fuego, refundió la argolla, hizo a martillo una herradura y se la puso a la mulita de Nuestro Señor. ¡Viejo sagaz y astuto!

— ¿Cuánto te debemos, buen hombre? — preguntó Nuestro Señor.

Miseria lo miró bien de arriba abajo y, cuando terminó de observarlo, le dijo: — Por lo que veo, ustedes son tan pobres como yo. ¿Qué diantres les voy a cobrar? Vayan en paz por el mundo, que algún día tal vez Dios me lo tenga en cuenta.

— Así sea — dijo Nuestro Señor y, después de haberse despedido, montaron los forasteros en sus mulas y salieron al camino.

Cuando iban ya algo retirados, le dice al Cristo este San Pedro, que debía ser medio lerdo:

— Verdad, Señor, que somos desagradecidos. Este pobre hombre nos ha herrado la mula con una herradura de plata, no nos ha cobrado nada por más que es muy pobre, y nosotros nos vamos sin darle siquiera una prenda de amistad.

— Dices bien — contestó Nuestro Señor — volvamos hasta su casa para concederle tres Gracias, que él elegirá a su gusto.

Cuando Miseria los vio llegar de vuelta, creyó que se había desprendido la herradura y los hizo pasar como antes. Nuestro Señor le dijo a qué venían y el hombre lo miró de soslayo, medio con ganas de reírse, medio con ganas de disparar.

— Piensa bien — dijo Nuestro Señor — antes de hacer tu pedido.

San Pedro, que se había acomodado atrás de Miseria, le susurró: — Pide el Paraíso.

— Cállate, viejo — le contestó por lo bajo Miseria, para después decirle a Nuestro Señor: — Quiero que el que se siente en mi silla, no se pueda levantar de ella sin mi permiso.

— Concedido — dijo Nuestro Señor — ¿A ver la segunda Gracia? Piensala con cuidado.

— ¡Pide el Paraíso, porfiado! — le susurró desde atrás San Pedro.

— Cállate, viejo metido — le contestó por lo bajo Miseria, para después decirle a Nuestro Señor: — Quiero que el que suba a mis nogales, no se pueda bajar de ellos sin mi permiso.

— Concedido — dijo Nuestro Señor — Y ahora, la tercera y última Gracia. No te apures.

— ¡Pide el Paraíso, porfiado! — le susurró desde atrás San Pedro.

— ¿Te quieres callar, viejo idiota? — le contestó Miseria enojado, para después decirle a Nuestro Señor: — Quiero que el que se meta en mi tabaquera no pueda salir sin mi permiso.

— Concedido — dijo Nuestro Señor, y después de despedirse, se fue.

Apenas Miseria quedó solo, comenzó a cavilar y, poco a poco, le fue entrando rabia de no haber sabido sacar más ventaja de las tres Gracias concedidas.

— También seré tonto — gritó, tirando contra el suelo el sombrero — Lo que es, si ahora mismo se presentara el demonio, le daría mi alma con tal de poderle pedir veinte años de vida y plata a discreción.

En ese mismo momento, se presentó a la puerta del rancho un caballero que le dijo:

— Si quieres, Miseria, yo te puedo presentar un contrato, dándote lo que pides. Y ya sacó un rollo de papel con escrituras y números, lo más bien acondicionado, que traía en el bolsillo. Y allí las leyeron juntos a las letras y, estando conformes en el trato, firmaron los dos con mucho pulso, arriba de un sello que traía el rollo.

Apenas el Diablo se fue y Miseria quedó solo, palpó la bolsa de oro que le había dejado Mandinga, se miró en el bañadero de los patos, donde vio que estaba joven, y se fue al pueblo para comprar ropa, pidió pieza en la fonda como señor, y durmió esa noche contento.

¡Amigo! Habría que ver cómo cambió la vida de este hombre. Trató con gobernadores y alcaldes, jugaba como ninguno en las carreras y viajó por todo el mundo.

Pero bien dicen que pronto pasan los años cuando se emplean de este modo, de suerte que se cumplió el año vigésimo y en un momento casual en que Miseria había venido a reírse de su rancho, se presentó el Diablo con el nombre de caballero Lili, como vez pasada y mostró el contrato para exigir que se le pagara lo convenido.

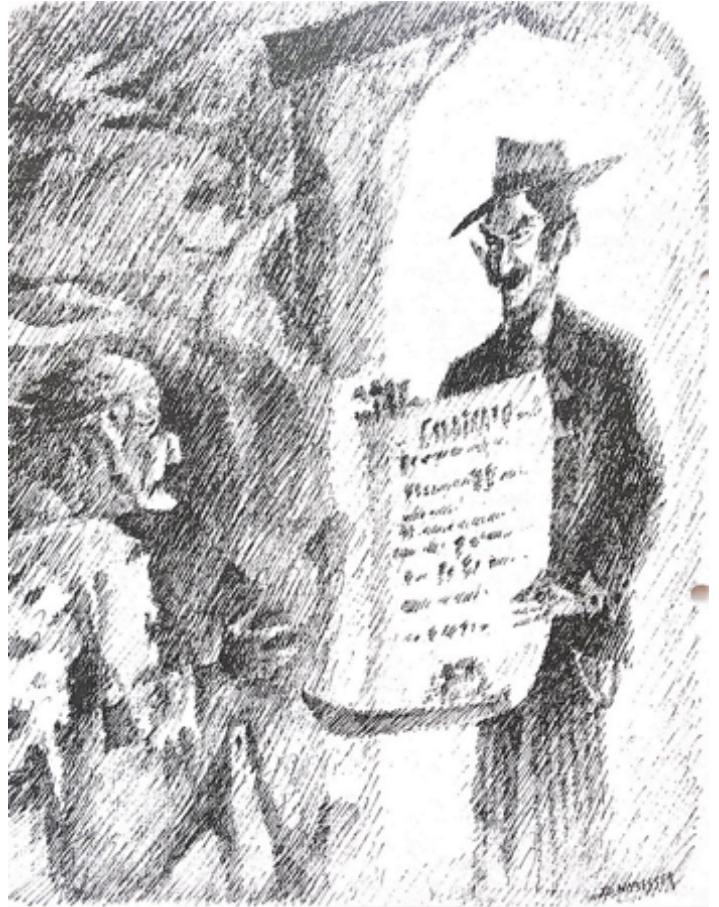
Miseria, que era hombre honrado, aunque medio tristón le dijo a Lili que lo esperara, que iba a lavarse y ponerse buena ropa para presentarse al Infierno, como era debido. Así lo hizo, pensando que al fin todo lazo se corta y que su felicidad había terminado.

Al volver halló a Lili sentado en su silla aguardando con paciencia.

— Ya estoy acomodado — le dijo — ¿vamos yendo?

— ¡Cómo hemos de irnos — contestó Lili — si estoy pegado con esta silla como por encanto!

Miseria se acordó de las virtudes que le había concedido el hombre de la mula y le entró una risa tremenda.



— ¡Enderézate, pues, maula, si eres diablo! le dijo a Lili.

Enseguida éste hizo forcejear la silla. No pudo alzarse ni un poquito y sudaba, mirándolo a Miseria.

— Entonces — dijo el que fue herrero — si quieres irte, fírmame otros veinte años de vida y plata a discreción.

El demonio hizo lo que le pedía Miseria, y éste le dio permiso para que se fuera.

Otra vez el viejo, rejuvenecido y adinerado, se volvió a recorrer mundo: se relacionó con nobles caballeros y ricos comerciantes y bailaba con las hijas de ellos.

Pero los años, para el que se divierte, huyen pronto, de suerte que, cumplido el vigésimo, Miseria quiso dar fin cabal a su palabra y volvió al pago de su herrería.

A todo esto Lili, que era medio lenguaraz y alcahuete, había contado en los infiernos el encanto de la silla.

— Hay que andar con ojo alerta — había dicho Lucifer — Ese viejo está protegido y es astuto. Dos serán los que lo van a buscar al fin del trato.

Por esto fue que al apearse en el rancho, Miseria vio que lo estaban esperando dos hombres, y uno de ellos era Lili.

— Pasen adelante; siéntense — les dijo — mientras yo me lavo y me visto para entrar al Infierno, como es debido.

— Yo no me siento — dijo Lili.

— Como quieran. Pueden pasar al patio y bajar unas nueces, que seguramente serán las mejores que habrán comido en su vida de diablos.

Lili no quiso saber nada; pero cuando se hallaron solos, su compañero le dijo que iba a dar una vuelta por debajo de los nogales, a ver si podía recoger del suelo alguna nuez caída y probarla. Al rato no más volvió, diciendo que había hallado una juntita y que, en comiéndolas, nadie podía negar que eran las más ricas del mundo.

Juntos se fueron para adentro y comenzaron a buscar sin hallar nada.

Para esto, al diablo amigo de Lili se le había calentado la boca y dijo que se iba a subir a la planta, para seguir pegándole al manjar. Lili le advirtió que había que desconfiar, pero el goloso no hizo caso y subió a los árboles, donde comenzó a tragar sin descanso, diciéndole de tiempo en tiempo:

— ¡Qué buenas que son! ¡Qué buenas que son!

— Tírame unas cuantas — le gritó Lili, desde abajo.

— Allí va una — dijo el de arriba.

— Tírame otras cuantas — volvió a pedirle Lili, no bien se comió la primera.

— Estoy muy ocupado — le contestó el tragón. Si quieres más, súbete al árbol.

Lili, después de cavilar un rato, se subió.

Cuando Miseria salió de la pieza y vio a los dos diablos en el nogal, le entró una risa tremenda.

— Aquí estoy a su mandado — les gritó — Vamos cuando ustedes gusten.

— Es que no nos podemos bajar — le contestaron los diablos, que estaban como pegados a las ramas.

— Lindo — les dijo Miseria. Entonces firmenme el contrato, dándome otros veinte años de vida y plata a discreción.

Los diablos hicieron lo que Miseria les pedía y éste les dio permiso para que bajaran.

Miseria volvió a correr mundo y trató con gente importante y tiró plata y danzaba con nobles damas y princesas.

Pero los años empezaron a disparar, como en antes, de suerte que al llegar al año vigésimo, Miseria, queriendo dar pago a su deuda se acordó de la herrería en que había sufrido.

A todo esto, los diablos en el infierno le habían contado a Lucifer lo sucedido y éste, muy enojado, les había dicho:

— ¡Carajo! ¿No les previne de que anduvieran con esmero, porque ese hombre era por demás astuto? Esta vuelta que viene, vamos a ir todos a ver si se nos escapa.

Por esto fue que Miseria, al llegar a su rancho, vio más gente reunida que en una jugada de taba.

Pero esa gente, acomodada como un ejército, parecía estar a la orden de un mandón con corona. Miseria pensó que el mismísimo Infierno se había mudado a su casa, y llegó, mirando como pato el arriador a esa pueblada de diablos — Si escapo de esta — se dijo — en fijo que ya nunca la pierdo. Pero haciéndose el muy templado preguntó a aquella gente:

— ¿Quieren hablar conmigo?

— Sí — contestó fuerte el de la corona.

— A usted — le retrucó Miseria — no le he firmado contrato ninguno, para que venga tomando velas en este entierro.

— Pero me valdrá seguir — gritó el coronado — porque yo soy el Rey de los Infiernos.

— ¿Y quién me da el certificado? — alegó Miseria — Si usted es lo que dice, ha de poder hacer de fijo que todos los diablos entren en su cuerpo y volverse una hormiga.

Otro hubiera desconfiado, pero dicen que a los malos los sabe perder la rabia y el orgullo, de modo que Lucifer, ciego de furor, dio un grito y en el momento mismo se pasó a la forma de una hormiga, que llevaba adentro a todos los demonios del Infierno.

Sin dilación, Miseria agarró el bichito que caminaba sobre los ladrillos del piso, lo metió en su tabaquera, se fue a la herrería, la colocó sobre el yunque y, con un martillo, se puso a pegarle con toda el alma, hasta que la camiseta se le empapó de sudor.

Entonces se refrescó, se mudó y salió a pasear por el pueblo.

¡Bien haya, viejito sagaz! Todos los días, colocaba la tabaquera sobre el yunque y le pegaba tan gran paliza.

Y así se fueron los años.

Y resultó que ya en el pueblo no hubo peleas, ni pleitos, ni alegaciones. Los maridos trataban bien a las mujeres, y las madres a los chicos. Tíos, primos y entenados se entendían como Dios manda; no se veían luces malas y los enfermos sanaron todos; los viejos no acababan de morir y hasta los perros fueron virtuosos. Los vecinos se entendían bien, los caballos no corcoveaban más que de alegría y todo andaba como reloj de rico. Qué, si ni había que limpiar los pozos porque toda agua era buena.

Así como no hay caminos sin repechos, no hay suerte sin desgracia, y vino a suceder que abogados procuradores, jueces de paz, curanderas, médicos y todos los que son autoridad y viven de la desgracia y vicios de la gente, comenzaron a ponerse flacos de hambre y fueron muriendo.

Y un día, asustados los que quedaban de esta morralla se dirigieron a lo del gobernador, a pedirle ayuda por lo que les sucedía. Y el gobernador, que también pertenecía a la partida de los castigados, les dijo que nada podía remediar y les dio una plata del Estado, advirtiéndoles que era la única vez que lo hacía, porque no era obligación del gobierno el andarlos ayudando.

Pasaron unos meses, y ya los procuradores, jueces y otros bichos iban mermando por haber pasado los más a mejor vida, cuando uno de ellos, el más pícaro, vino a sospechar la verdad y los invitó a todos a que volvieran a lo del gobernador, dándoles promesa de que ganarían el pleito.

Así fue. Y cuando estuvieron frente al mandatario el procurador le dijo a Su Excelencia que todas esas calamidades sucedían porque el herrero Miseria tenía encerrados en su tabaquera a los diablos del Infierno.

Sobre el momento, el mandón lo mandó a traer a Miseria y, en presencia de todos, le soltó un discurso:

— ¿Ajá, eres tú? ¡Bonito andas poniendo al mundo con tus brujerías y encantos, viejo ruin! Ahora vas a dejar las cosas como estaban, sin meterte a redimir culpas ni castigar diablos. ¿No ves que siendo el mundo como es, no puede pasarse del mal y que las leyes y las enfermedades y todos los que viven de ellas, que son muchos, precisan de que los diablos anden por la tierra? En este mismo momento vas al trote y largas los Infiernos de tu tabaquera.

Miseria comprendió que el gobernador tenía razón, confesó la verdad y fue para su casa para cumplir lo mandado.

Ya estaba por demás viejo y aburrido del mundo, de suerte que irse, poco le importaba.

En su rancho, antes de largar los diablos, puso la tabaquera en el yunque, como era su costumbre, y por última vez le dio una buena tunda hasta que la camiseta quedó empapada de sudor.



— ¿Si yo los largo van a andar molestando por aquí? — les preguntó a los mandingas.

— No, no — gritaban estos de adentro —
Suéltanos y te juramos no volver por tu casa.

Entonces Miseria abrió la tabaquera y los dejó ir para que se fueran.

Salió la hormiguita y creció hasta ser el Malo. Comenzaron a brotar del cuerpo de Lucifer todos los demonios y repentinamente, en un tropel, tomó esta diablada por esas calles de Dios, levantando una polvareda como nube de tormenta.

Ya Miseria estaba en las últimas humeadas del cigarro, porque a todo cristiano le llega el momento de entregar la osamenta y él bastante la había usado.

Y Miseria, pensando hacerlo mejor, se fue a echar sobre sus jergas a esperar la muerte. Allá, en su piecita de pobre, se halló tan aburrido y

desganado, que ni se levantaba siquiera para comer ni tomar agua. Despacio no más se fue consumiendo, hasta que quedó duro y como secado por los años.

Al fin vio todavía el resplandor de la herradura de plata.

— ¡Caramba, pues se le desprendió nomás al animal! —se dijo — ¡Tendré que buscar al hombre de la mula y alcanzársela!

Y en pensando esto, dejó el cuerpo para los bichos y, sin dilación, porque no era tonto se dirigió para el Cielo y, después de un viaje largo, golpeó en la puerta de éste.

Apenas se abrió la puerta, San Pedro y Miseria se reconocieron, pero al viejo pícaro no le convenían esos recuerdos y, haciéndose el desentendido, pidió permiso para pasar.

— ¡Hum! — dijo San Pedro — Cuando yo estuve en tu herrería con Nuestro Señor, para concederte tres Gracias, te dije que pidieras el Paraíso y tú me contestaste: Cállate viejo idiota. Y no es que te la guarde, pero no puedo dejarte pasar ahora, porque habiéndote ofrecido tres veces el Cielo, tú te negaste a aceptarlo.

Y como ahí nomás el portero del paraíso cerró la puerta, Miseria, pensando que de dos males hay que elegir el menos peor, se dirigió para el Purgatorio a probar cómo andaría.

Pero amigo, allí le dijeron que sólo podían entrar las almas destinadas al cielo y que como él nunca podría llegar a esa gloria por haberla desnegado en la oportunidad, no podían guardarlo. Las penas eternas le tocaba cumplirlas en el Infierno.

Y Miseria se dirigió al Infierno y golpeó en la puerta, como antes golpeaba en la tabaquera sobre el yunque, haciendo llorar los diablos. Y le abrieron, ¡pero qué rabia no le daría cuando se encontró cara a cara con el mismo Lili!

— Maldita mi suerte — gritó — ¡que a dondequiera he de tener conocidos!

Y Lili, acordándose de las palizas, salió que ardía, con la cola como bandera de comisaría, y no paró hasta los pies mismos de Lucifer, al que contó quién estaba de visita.

Nunca los diablos se habían pegado tan tamaño susto, y el mismo Rey de los Infiernos, recordando también el rigor del martillo, se puso a gritar como gallina clueca, ordenando que cerraran bien todas las puertas, no fuera a entrar semejante bribón.

Y ahí estaba. — Pero, todavía tengo que afirmar esta herradura — dijo para sí, y con paso decidió partir en busca del Señor de la mula. Por senderos escarpados, pedregosos, duros, anduvo Miseria, hasta llegar de nuevo frente a un portal.

Golpeó. San Pedro abrió. Ahí estaba Nuestro Señor:

— ¡Pero si es Miseria! ¡Entra! Cuéntanos lo que entretanto.



Final adaptado por Annemarie Öhring
Ilustraciones J. Daniel Habegger